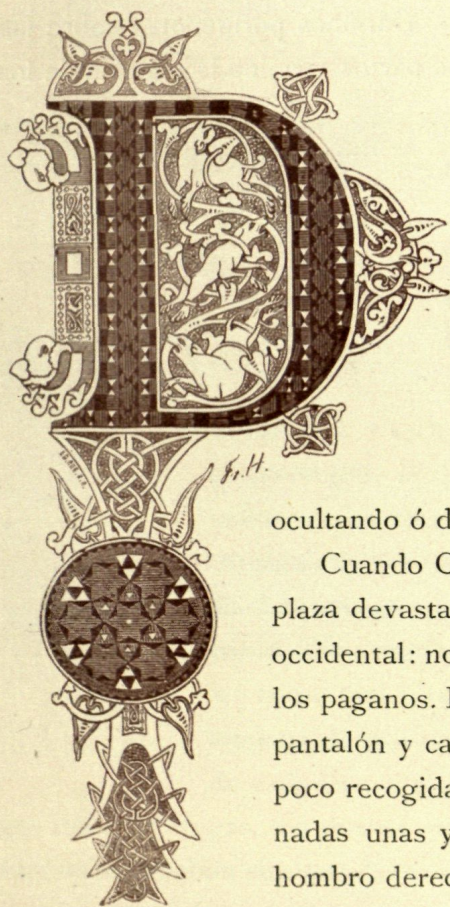


LOS HEREDEROS DEL IMPERIO ROMANO

I

Los bizantinos



ESDE el momento de la venida de Jesucristo realizase una gran revolución en la historia; le ha llegado la hora al mundo clásico. El cristianismo ejerció en todo su influjo, hasta en el vestir. Había terminado el desnudo, pero al paso que en Occidente el traje clásico se desenvolvía con arreglo á nuevos modelos y ciñéndose al cuerpo, en Oriente, con los bizantinos, adquiría formas planas, líneas rectas, sin pliegues, ocultando ó disimulando las formas naturales.

Cuando Constantino se estableció en Bizancio, pobló la ciudad, que parecía una plaza devastada, con grandes bandas de italos emigrados; así se introdujo allí el traje occidental: no se habían cambiado apenas las hechuras, y los cristianos vestían como los paganos. El arreo masculino (64. 1 á 7) era túnica larga ó corta con mangas; manto, pantalón y calzas de cuero ó botas. La túnica semilarga (64. 1. 2. 4. 6) se llevaba un poco recogida, con cinturón; la larga (64. 7) servía de vestidura de encima; iban adornadas unas y otras con bandas ó cenefas. Los bizantinos usaban manto sujeto al hombro derecho con un broche (64. 18 y otros); más adelante lo echaron sobre ambos hombros y lo ataron sobre el pecho con cintas (64. 3). Los cónsules llevaban el manto de través, como el *himatión* (65. 13); así representan los artistas á Cristo y los apóstoles. Los pantalones largos y anchos, y los calzones ajustados de otros tiempos (64. 1), fueron reemplazados por pantalones pegados á las piernas, y las sandalias por zapatos, cerrados ó abiertos (65. 2. 6. 7), escarpines provistos de correas (64. 3. 67. 13) y botas. Los bizantinos, como los romanos, no acostumbraban cubrirse la cabeza; las personas que habían de trabajar al aire libre se ponían sombrero de fieltro con alas (65. 1. 2), casquete bajo (65. 3. 66. 10) ó capucha de tela fuerte. A partir del siglo VI estuvieron en uso los casquetes en forma de gorro frigio (67. 13. 14). El capricho de la moda hizo llevar, sobre todo á los bizantinos del Asia Menor, una túnica de corte particular, abierta desde la cintura (fig. 52. 3) y más larga de un lado que de otro; el faldón largo pasaba bajo un cinturón (67. 13), cubierto á su vez por larga faja; solía hacerse lo mismo con los dos faldones (67. 14).

El traje de las mujeres conservó su forma primitiva, más semejante á los trajes asiáticos que los de los hombres. La túnica caía hasta los pies, arrastrando á veces (64. 8 á 13), y ceñía el cuello y las muñecas. Sobre ésta iba otra túnica con mangas largas ó cortas y anchas (66. 11. 67. 3). Seguía en uso el jubón

romano (fig. 51. 1). Variaba el modo de ponerse el manto, el cual era rectangular ó circular y se prendía al hombro derecho ó al pecho con un broche (67. 4. 12 y otros). La *paenula* cerrada, con capucha ó sin ella (64. 10. 11. 12. 65. 3. 66. 9. 17), estaba también muy en boga entre los hombres. Empleaban, en fin, un manto echado sobre los hombros (64. 8. 9) puesto en aspa sobre el pecho y recogido por detrás de la cabeza. En la columna de Teodosio se ven hombres con esta clase de mantos.

La diferencia principal entre el traje clásico y el bizantino consistía en la tela. En el primero predominaba la lana, porque era lo que mejor se ceñía al cuerpo, producía el claro oscuro y aumentaba así el valor plástico del ropaje. Los bizantinos sustituyeron la lana por la seda; una estofa gruesa entrelazada con oro, guarnecida de brocado y bordada de dibujos regulares, círculos, cuadros, polígonos, estrellas, plantas, arabescos y animales fabulosos, como sólo la fantasía oriental sabía producirlos. Los cristianos exornaban túnicas y mantos con escenas del Evangelio: las bodas de Canaán, los milagros de Cristo, etc. En Roma se reían de estas ropas; en Bizancio las llevaban con orgullo.

Como tocado las mujeres usaban pañoletas de colores, redecillas graciosas, aros y ceñidores (68. 1 á 5). Las casadas llevaban una gorra ajustada con un rodete formado por dos vendas de colores diferentes,

retorcidas juntas; este rodete encuadraba el rostro (68. 6); las mujeres bizantinas se peinaban á la griega, alisando hacia atrás el pelo y anudándolo (68. 3) ó ha-



ciendo dos trenzas, adornadas de cintas y de perlas, que á lo largo de las sienes llevaban á la nuca y luego sobre la raya; arrollaban también los cabellos en un rodete con cintas que rodeaba frente y mejillas (68. 1. 2. 4. 5). Sus joyas usuales eran pendientes, brazaletes, sortijas y collares con una imagen. Llevaban también zapatos bajos.

Teodosio fijó el carácter de la vestidura imperial bizantina. La túnica, llamada asimismo dalmática, fué de seda blanca primero y luego azul, caía hasta los pies (65. 4. 66. 4. 5) y tenía largas mangas ceñidas, con guarnición de perlas en el puño. Si llevaban túnica de encima, era con mangas anchas y largas (66. 6. 7. 67. 1. 11. 15), que luego fueron estrechas y cortas (67. 21), y bordados de oro en la escotadura, los hombros y la orilla. En el siglo x se le añadieron dos discos cerca de las rodillas (66. 4. 7).

En un mosaico de San Vital de Rávena se ve al emperador Justiniano (hacia el año 547) vistiendo túnica corta blanca con guarnición en forma de escudo en los hombros (65. 8) y en forma de espada á los costados, cinturón rojo y brazaletes de oro en los brazos.

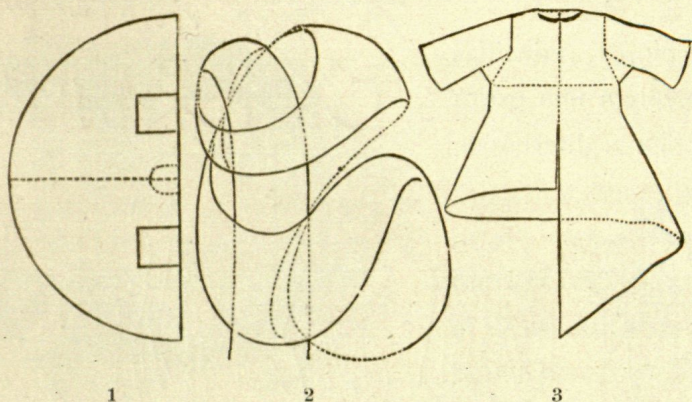
El manto imperial era semicircular (fig. 52. 1), de tela gruesa y con escotadura para el cuello en medio del borde de la derecha; se ponía sobre el hombro izquierdo y se prendía al derecho por un broche (65. 4. 8. 66. 6. 7. 67. 11. 15). En la orilla de este lado, delante y detrás, iba sujeto un cuadro de otra tela que se llamaba el *clavius*. Completaban la vestimenta imperial pantalones de color de púrpura, diadema guarnecida de perlas y cetro de oro, apellidado *labarum*, que era un bastoncillo largo con el monograma de Cristo puesto arriba (64. 15) ó un travesaño del que pendía un paño púrpura con el propio signo (66. 4. 6. Fig. 51). Los zapatos ó borceguíes púrpura, bordados de perlas, eran las primeras insignias de la dignidad imperial, de tal modo que se castigaba de muerte el uso ilegal de este calzado; así la expresión

bizantina: «ponerse zapatos de púrpura,» equivalía á «subir al trono.» La corona era un aro, al que se añadió un casquete rojo semioval (66. 4. 5. 67. 15. 21). Los emperadores romanos de los dos primeros siglos llevaban corona de laurel; la primera de forma dentada se la puso Galieno (260-268). De la corona colgaba una cogotera de seda (fig. 51. 3) y una sarta de cordones de perlas (68. 13).

El traje de la emperatriz era como el del emperador (64. 13). En el manto, en vez del *clavius*, había una guarnición en el borde inferior. Andando el tiempo el manto fué más corto y colgaba solamente á lo largo de la espalda (65. 18). Sobre la *stola* superior, de anchas mangas, poníase una faja de recio tejido de oro (65. 18) que cruzaba los hombros y sujetaba un cinturón. Añadíase ancho cuello guarnecido de perlas y pedrería.

Los hombres se vestían como las mujeres (67. 1. 2. 11. 12); poníanse faja en la túnica de encima y en la de abajo; aquélla estaba abierta desde las caderas, y la parte exterior la recogían y la echaban por encima del brazo izquierdo; la banda interior no se veía (67. 1. 2). Hacia el fin del imperio iba cosida á la *stola* (67. 10), y la otra, la exterior, se cambió por un trozo de brocado sujeto al cuello de la túnica. El modo de ponerse la faja variaba mucho (66. 4. 5. 67. 21).

Fig. 52



Pocos vestigios quedan de las insignias de los funcionarios de la corte. Al describir los trajes romanos hemos hablado de la banda en aspa (65. 5. 6), que, en tiempo de Constantino, servía de insignia á los empleados de elevada jerarquía. Los cónsules

llevaban el gran manto de guarnición cuadrada (65. 7) y una corbata anudada encima (66. 15). Usaban también otro manto que se ponían de un modo especial (fig. 52. 2. 65. 10). En una plancha de marfil del siglo VI está representado con este manto el emperador Atanasio, levantando con la mano derecha el paño que servía de señal para los juegos del circo. Llevaban también la toga á estilo griego (65. 13). Hacia el fin del imperio se transformó el traje de la corte; cubría el cuerpo de arriba abajo una túnica con mangas, como un saco, cerrada y sin pliegues (67. 20); sobre esta túnica poníanse un manto estrecho y rígido, guarnecido del *clavius* y cerrado en el cuello (67. 16. 17). Los cuatro palos de la baraja representaban allí gran papel decorativo (1).

El traje sacerdotal fué parecido al laico hasta el siglo VI. Llevaban los sacerdotes como vestidura exterior túnica talar blanca (*stola* ó dalmática) con dos bandas negras (65. 11) y encima la *paenula* verde sin capucha y la *casula* (65. 12). Distinguíase el obispo por larga banda blanca, con una cruz negra, llamada *omorphium*, que rodeaba dos veces los hombros y cuyas puntas colgaban por el pecho y por la espalda (65. 12). Más adelante el *omorphium* iba cosido y suspendido, cayendo por delante y por detrás hasta el suelo (65. 14), y adornado con cenefa púrpura, tres cruces azul y rojo y franjas aplicadas á la orilla inferior; las bandas de la *stola* eran encarnadas y azules, pero todo lo demás blanco. Hacia el año 700 se añadió otra banda, *epitrachelión*, que se ponía sobre la estola (66. 14) con las puntas cayendo por delante. Encima llevaban la *casula* y el *omorphium* retorcido. En el siglo IX á las telas blancas sucedieron las de color ó con dibujos; en el siglo XI sobre la dalmática y el *epitrachelión* se llevaba una túnica corta de tejido abigarrado (67. 5. 6. 7), la *tunicela*, de mangas largas, anchas ó estrechas (67. 18), y luego la *casula* y el *omorphium*. A partir del siglo XIII el hábito sacerdotal se enriqueció con menudas piezas de adorno, con un pedazo cuadrado de tela llamado *epigonación*, que era como una bolsa guarnecida de borlas que

(1) Alude el autor á los naipes franceses, con los que se juega en casi todo el mundo y cuyas figuras, como nadie ignora, son pica, cuadrado, trébol y corazón. (N. del T.)

caía al lado derecho (67. 18), y con una corona de piedras preciosas, la mitra. Después de la época bizantina cesa el desarrollo del traje sacerdotal.

Los primeros eremitas cristianos se contentaban con llevar el traje de la gente pobre, túnica y pœnula de tela basta. La pœnula la llevaban, ya como casula cerrada, ya como *birrus* abierto por delante (67. 19). El distintivo de las diferentes órdenes de eremitas era un trozo de tela con una abertura para la cabeza y cerrado debajo de la barba (fig. 51. 4. 5. 6). A juzgar por las esculturas más antiguas, Jesucristo vestía larga túnica sin mangas (fig. 51. 7).

Los bizantinos tenían un ejército regular. El traje de los soldados era, salvo la armadura, el de la gente baja. Poníanse, á la vez que la túnica (65. 2), el chitón de los griegos, que dejaba al descubierto el brazo y una parte del cuerpo (65. 1); los jefes llevaban cota de malla ó la coraza romana con *cinctorum* y «patas» (ó tiras colgantes) en el vientre y los hombros (64. 14. 15. 18), casco, perneras ó borcegües, y á veces pantalones cortos. Ancha banda reemplazó al *cinctorum* (65. 21); separáronse las «patas» de la coraza y se las pusieron

en torno al brazo como adorno (65. 15. 21. 66. 1. 2. 8. 18). La guardia justiniana (65. 9. 20) llevaba una especie de cuello ó capotillo con pechera terminada por dos «patas» á los lados.

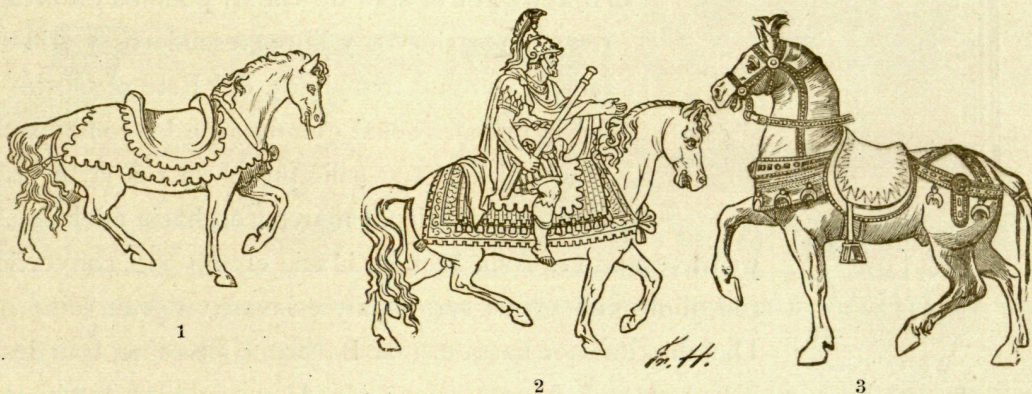
El atavío de los primeros emperadores

(65. 4) consistía en un anillo de oro al cuello, zapatos, escudo oval con el monograma de Cristo y lanza de oro. El cortejo de estos monarcas usaba «patas» sujetas á la túnica ó al cinturón (64. 16) y *cingulum bullatum*, en forma de doble rosario, que cruzaba el pecho de través. En el siglo VII llevábanse corazas de correhuelas de cuero coloradas (66. 12. 16) y coletes guarnecidos de chapas de bronce redondas ó cuadradas (65. 15. 19). Del IX al XI llevábase pantalón largo (66. 18. 20. 21. 67. 8. 9) y coraza sin la parte correspondiente al estómago (66. 1. 2. 12. 13. 67. 9); casquete de cuero teñido (66. 16. 67. 8) ó casco de metal (66. 12. 18. 67. 9). Los mercenarios de Oriente ó de Occidente conservaban la armadura de su país (66. 8. 19. 20). A los antiguos broqueles redondos ú ovals de pequeño diámetro (66. 2. 16. 67. 9) se añadieron los escudos en forma de corazón (66. 1). Las armas eran: espada, lanza, hacha de combate y ballesta.

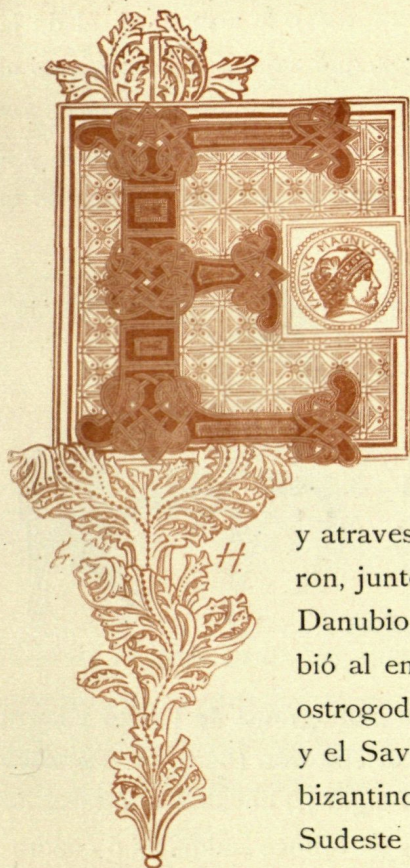
Desde el siglo IV era conocida la silla de montar y probablemente también el estribo; en el VIII á la silla se le añadió un respaldo ó fuste trasero. Estampas diversas nos hacen ver caballos enjaezados (figura 53. 1. 2. 3); es de notar una pieza de tela prendida á la cabezada de uno de los caballos cubriendo las crines (fig. 53. 3).

Respecto á los utensilios profanos continuaron iguales en los primeros siglos de nuestra era (68. 8), pero en los religiosos se mezclaron los elementos simbólicos cristianos con los orientales. Había en ellos pequeños templos adornados de columnas, faros, lámparas, candeleros, cazoletas, jarras, cruces, cálices y cajas de reliquias (68. 7. 12. 27. 69. 5. 11). Los trabajos de oro y marfil tenían rica decoración (68. 11. 12. etc.). Grandes muebles, sillones de iglesia con planchas de marfil esculpidas (69. 1), veíanse en sarcófagos lujosamente adornados; en los nichos había altos relieves (69. 2). En el mobiliario (68. 21. etc.), como en la arquitectura, predominaban las arquerías de medio punto reposando sobre gran número de columnillas. Por lo que toca á instrumentos músicos (68. 15. 20), se mejoró la construcción de los órganos y se emplearon fuelles de pie en lugar de las prensas hidráulicas de otro tiempo.

Fig. 53



II

Las razas de la gran emigración
de los pueblos

MPUJADOS por el afán de viajar, pueblos enteros, llevando consigo mujeres y niños, siervos y libres, escuderos y criados, rebaños y haciendas, fueron, durante tres siglos, del Este al Oeste. El poderío de los godos fué la primera señal que notaron los romanos de la grande emigración. Hacia el año 200 salieron de su patria, á orillas del Vístula y en las costas del Báltico, y marcharon hacia adelante, franqueando el Danubio

y atravesando el Asia Menor. Hacia el año 300, convertidos al arrianismo, fundaron, junto con tribus sármatas y eslavas, un gran reino que se extendía desde el Danubio inferior hasta el mar Báltico. Este reino, tras de breve existencia, sucumbió al empuje de una nueva oleada de pueblos, los hunos. Uniéronse á éstos los ostrogodos, que se establecieron, después de la muerte de Atila, entre el Danubio y el Save, en lo que es hoy Hungría; desde allí, por instigación del emperador bizantino Zenón, invadieron Italia y fundaron un nuevo reino que comprendía el Sudeste de la Suiza y el territorio situado entre el Adriático y el Danubio. Los visigodos habían esquivado la acometida de los hunos acogiéndose al imperio

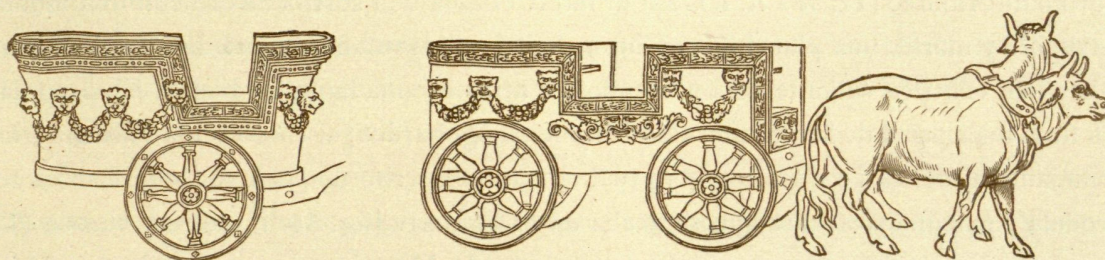
romano, pero traicionados por éste se vengaron haciéndole sufrir, en 378, terrible descalabro cerca de Adrianópolis, quedándose después en la Mesia y en la Tracia. En el siglo v cayeron sobre Italia, saquearon á Roma, penetraron en Francia, llegaron á España y fundaron aquí un reino que destruyeron los árabes el año 711.

Los habitantes de la Galia se vestían al estilo romano, mientras que los godos, los vándalos, los alemanes y los francos se mantenían germanos por el traje. La transformación de éste en romano se operó lentamente, porque los germanos eran vencedores y no vencidos como los galos. Según los restos de la columna triunfal de Teodosio, los ostrogodos en el siglo iv llevaban anchos y largos pantalones, con adorno dentellado, y sayo con cinturón y cuello, dentellados también, que bajaba hasta la mitad de la pierna. Los pantalones con franjas iban sujetos debajo de la rodilla y los lisos en los tobillos (70. 1. 3. 5). La prenda de cuerpo era cerrada á menudo, con un corte en el pecho y con presilla en el cuello (70. 3); otras veces estaba abierta por delante ó cerrada desde la cintura con botones. Poníanse también dos vestiduras una sobre otra (70. 5) ó un manto atado en el hombro derecho con las puntas de arriba (70. 1). Usaban también los godos el chitón griego de una sola manga (70. 4). Las mujeres de los ostrogodos llevaban vestiduras semejantes al chitón de las griegas y manto atado en el hombro izquierdo ó metido por dentro del cinturón (70. 2. 6. 7. 8). No solían usar cubre-cabeza ni calzado; el godo libre se dejaba intactos el cabello y la barba. Los ostrogodos, después de su invasión en Italia, adoptaron el traje romano.

De las armaduras de godos y galos no hay noticias ciertas. El rey llevaba sombrero con banda de púrpura que correspondía á las antiguas tiaras reales asiáticas, según se ve en los relieves asirios. Los jefes usaban cota de mallas y casco. En la capilla tumular del exarca Isaac de Rávena existe una estatua de mármol que nos muestra un príncipe con arreos de batalla (70. 17): lleva la *lorica* romana, compuesta de correhuelas y de «patas» sobre el abdomen, dejando ver en triple fila las «patas» ó tiras rectas guardadas de bronce; en los hombros y en las rodillas lleva también «patas» y en los pies borceguíes.

Utensilios godos apenas han quedado. Los carruajes con la caja abierta y los asientos con ricas esculturas que muestra la columna de Teodosio pudieran considerarse, á juzgar por su tiro de bueyes, como piezas de botín (fig. 54). En el sarcófago de un general romano del siglo III, expuesto en el Museo Vaticano, se ve el transporte de prisioneros godos en carros con ruedas en forma de disco (70. 23. 24). Una tapa para tablillas de escribir, hecha de marfil (*diptychon*), que data del siglo V y que sirve de encuadernación á un libro de misa en la catedral de Halberstadt, representa también bárbaros prisioneros (71. 1 á 7).

Fig. 54



Una de las láminas (1. 2. 3) muestra la espada corta de larga empuñadura llamada *scramasaxo* (72. 26) y el traje de algunas figuras (1. 7) recuerda el traje escita (63. 1 á 5).

Los visigodos permanecieron fieles á su primitivo traje. Según Sidonio Apolinario las clases inferiores llevaban una especie de camisa de lienzo con una piel encima que bajaba hasta más abajo de las rodillas, y zapatos de piel de caballo atados con correas; de pantalón no se dice nada. El rey Sigimero llevaba una túnica hasta las corvas, listada de colores y con mangas cortas, sobre ella un ropón de pieles y un manto verde con bandas púrpura, las piernas desnudas y en los pies un calzado de pieles. Sigimero y sus compañeros iban armados de broqueles redondos blancos con adornos de oro, lanzas con arpón, hachas arrojadizas y espadas; éstas no puestas al lado sino delante, muy arriba. En un anillo de caballero, donde está el retrato del rey Alarico (70. 19), se ven discos que indican una coraza.

Cuantos utensilios proceden de los visigodos del Danubio, de España ó del Oeste de Francia, denotan en más ó en menos la influencia bizantina. Así las piezas de oro del tesoro de Petreossa (70. 25. 26. 29), regalos bizantinos hechos al rey Atanarico; los hallazgos de Pouán (en la llanura catalana), que se componen de espadas, hebillas y objetos de atavío de chapa de oro con adorno de vidrio (70. 9. 10. 12 á 15), y las coronas votivas y los presentes hechos al rey Recesvinto (70. 20. 21. 22), que fueron desenterrados en el cementerio de Guarrazar, cerca de Toledo. Algunas piezas de adorno encontradas en el Oeste de Francia (70. 27. 28) y el freno de hierro con incrustaciones de plata (70. 18) existente en la Armería de Madrid, proceden de los visigodos. Mencionemos también el sarcófago del rey Ataúlfo (70. 16), con la cruz arriana, en San Lorenzo de Milán.

No hay rastro del traje de los gópidos, los vándalos y los burguñones: el de los longobardos era, en su origen, el primitivo de los germanos: los hombres llevaban túnicas sin mangas, de piel ó de lana grosera; las mujeres largo ropón de lienzo sin mangas. Envolvíanse aquéllos las piernas en bandas de lienzo, calzaban zapatos con abertura cerrada por broches y sobre el ancha túnica ostentaban fajas de colores. Después que invadieron la Italia usaron pantalones, sobre los cuales ponían bandas de tela cuando montaban á caballo. La transformación del traje en sentido romano se operaba progresivamente,

conforme nos lo acreditan las miniaturas de un manuscrito del siglo IX (*Las leyes de los Longobardos*). El traje de los nobles se componía de estrechos pantalones de color, correas arrolladas a la parte baja de las piernas (71. 10. 11. 14), túnica multicolor hasta las rodillas con largas mangas estrechas, manto con orla, prendido en el hombro derecho, y zapatos de color. La túnica iba orlada por la descotadura, los puños, los hombros y de arriba abajo. Los jóvenes varones de la casa real llevaban túnica hasta los pies (71. 12).

La transformación del traje femenino la indica un relieve del siglo sexto colocado sobre la puerta de la catedral de Monza (71. 20 á 24). Según algunas estatuillas del siglo VIII, procedentes del claustro de los benedictinos en Cividale, la túnica femenina tenía mangas orladas, estrechas y largas; la túnica de encima llevaba mangas anchas (71. 8. 13) y á ésta se añadía largo manto que se metía por detrás de los hombros, pasaba bajo el brazo derecho, sobre el hombro izquierdo y caía hacia delante por el hombro del mismo costado. Usábase también velo corto (71. 9).

Cerca de Cividale se encontró dentro de un sepulcro un féretro de piedra con los restos de Gisulfo, el belicoso sobrino de Albuino (71. 15 á 19. 26). En el féretro había una sortija de oro con una moneda romana, una cruz de oro y marfil, una planchita con un mosaico representando un pájaro, muchas guarniciones de correas, la parte céntrica saliente de un escudo, un acicate y una lanza de hierro. El casco, la coraza y las canijeras formaban parte de la armadura de los jefes longobardos; el casco tenía máscara ó cerco para el rostro, semejante al del casco de Thorsberg (61. 1). El manuscrito de las leyes longobardas representa al rey con rodela semicilíndrica, que aun se usaba en el siglo XIV (fig. 55. 1), cetro y corona (71. 11). La llamada corona de hierro (71. 25) que guarda la catedral de Monza, se compone de seis hojas de oro guarnecidas de labores y de marfil en bruto unidas por planchas más estrechas y reforzada con piedra y un aro por dentro.

Los pueblos francos, descendientes de los sicambros y de otras razas del Rhin, quebrantaron en menos de cien años la dominación romana del Rhin y conquistaron en el siglo V el antiguo país ubiano. Hacia el Oeste sometieron el territorio hasta el Loire, y por el Sur y el Este las comarcas situadas entre el Weser, el Altmuhl, el Danubio y el Rhin. Entonces constituyeron los francos el imperio más fuerte de los germanos del Sur. Eran pueblo rudo, cuyas costumbres suavizó el cristianismo. Mediante su viva inteligencia, adoptaron presto el idioma y los usos de los vencidos romanos. Las observaciones hechas acerca de la vestimenta más antigua de los francos, son contradictorias. En unas tribus los hombres iban desnudos hasta las caderas y llevaban amplios pantalones de lienzo ó de piel sujetos á los tobillos (71. 27) ó á las rodillas; otros vestían justillo con cinturón, que dejaba al descubierto las rodillas (71. 28. 31). Por varias esculturas de marfil sabemos (68. 27. 75. 28) que llevaban las piernas al aire ó con botas ó correas y que los brazos iban envueltos hasta los hombros por mangas ajustadas (71. 28. 30. 31. 32). Es de presumir que cuando llegó la confusión de razas se llevaron pantalones completos y prendas de cuerpo á la vez (71. 29). Estas y los mantos primitivos de los germanos hechos de piel, sin mangas, se usaron al principio por la gente pobre, después por los rezagados en el suelo de la patria, sobre todo los francos ripuarios, los alemanes y los bávaros. Subsistió allí más tiempo el antiguo traje nacional que entre los francos establecidos en las provincias romanas. Los franco-romanos emplearon su botín en telas preciosas y alhajas de metal y modificaron sus ropajes conforme al gusto romano, y á la vez que el jubón nacional sin mangas, que se alargó y denominó *colobium*, se puso en boga el manto y también la capucha (71. 33).

Según las crónicas, las mujeres de edad y pobres llevaban ropas oscuras; para luto se empleaba el negro y para bautizos el blanco. Carecemos de datos precisos sobre la hechura del hábito real merovingio. El mayor atavío era la cabellera larga y flotante. En un anillo de caballero del tiempo de Childerico vemos que los reyes partían los cabellos en dos gruesas trenzas (72. 59). Las mujeres plebeyas vestían de un modo análogo al de otras tribus germánicas. En las clases elevadas ambos sexos se cargaban de

adornos relumbrantes, de cinturones y de broches pomposamente decorados (72. 56. 57. 58. 62 á 69. 73. 13. 14. 15). Cubríanse de sortijas de oro (72. 59. 73. 6. 8), de brazaletes, de diademas y de collares; usaban espejos de mano, instrumentos para rizar el pelo, y peines de madera y de marfil (72. 75. 76. 73. 12). Los mismos sacerdotes llevaban espejillos en los zapatos.

Con el advenimiento de Carlomagno prodújose cierta reacción en la desenfrenada fastuosidad de la nobleza franca y recobró predicamento el traje nacional. La aversión del emperador al lujo y las relaciones con el Oriente bizantino introdujeron en el traje carlovingio una mezcla de elementos paganos y cristiano-bizantinos. La vestidura de Carlomagno se diferenciaba poco de la del pueblo. Sobre la camisa de lienzo llevaba jubón corto y ceñido, adornado con tiras de seda, que en invierno era de piel de foca ó de marta; calzoncillos de lienzo, y sobre éstos pantalones rodeados de bandas, zapatos y manto color verde mar, prendido al hombro. En un mosaico conservado en Roma hasta el siglo pasado se veía representado al emperador con cubre-cabeza en forma de mitra (73. 18), túnica, manto y pantalón, todo color naranja, guarnecido de verde; el pelo corto y grandes bigotes. Sólo dos veces en Roma, y á ruego del Papa, se puso Carlomagno el traje bizantino.

En aquella época los hombres llevaban (73. 21 á 24. 74. 1. 4. 14 á 18. 20) túnica hasta las corvas, con mangas largas y estrechas, recogida por el cinturón, al que cubría con un pequeño afollado; pantalones pegados á la pierna, sujetos á las rodillas y á las pantorrillas, escarpines cortos, zapatos, botas ó bandas en torno á la parte baja de las piernas y manto prendido con un broche. Este traje predominó en Francia y en Alemania durante muchos siglos. Los obreros sujetaban con el cinturón el extremo inferior de la túnica (73. 21).

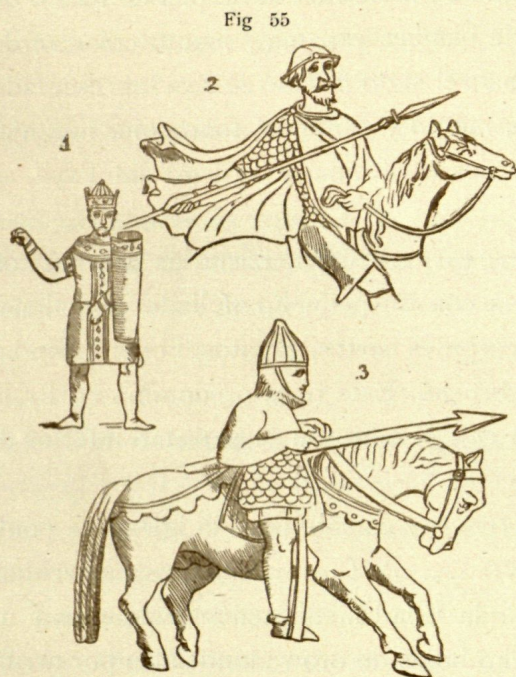
Carlos el Calvo se rodeaba las piernas con cordones de oro (73. 24) y cuando iba á la iglesia se ponía las vestiduras bizantinas y todas las insignias imperiales (73. 25. 75. 3. 4. 27). Los primeros reyes occidentales iban coronados como los orientales; las primeras coronas de la Edad media tenían colgantes y un casquete (66. 5. 6. 7); la de Carlomagno (75. 2) se compone de ocho hojas de oro redondeadas por arriba y con una cruz delante. La de Carlos el Calvo (75. 4) estaba formada por pámpanos con dos ramas caídas sobre las orejas.

El vestido de las mujeres se componía de una prenda de encima que se ensanchaba por abajo, sin mangas ó con mangas semilargas (73. 27. 74. 10) adornada de anchas cenefas por la escotadura y la orilla; dos piezas interiores; una con mangas semilargas, otra con mangas estrechas, y un manto echado sobre los hombros (73. 20) y sujeto por delante (74. 9) que se ponía en forma de velo sobre la cabeza y la espalda y se recogía con un brazo (73. 27. 74. 8. 10); este manto se llevaba también para ir á la iglesia; por último, solían ponerse una pañoleta sobre la cabeza y los hombros (73. 19) ó arrollada á guisa de velo (74. 12. 13), y zapatos puntiagudos. Les gustaba mucho el tocado y se peinaban partiendo por mitad el cabello y adornándolo con cordones de oro y de colores, círculos de oro, coronas y pequeñas planchas en fila, adornadas de perlas (75. 5). Por entonces empezaron á usarse guantes.

El antiguo derecho de los germanos á llevar armas, se convirtió en deber. Cierto es que no han quedado cascos, corazas ni lorigas de aquel tiempo, pero se sabe por documentos que los jefes los usaban (71. 28. 30. 31. 32). Unos guerreros llevaban la cabeza descubierta; otros se trenzaban sobre el cráneo los cabellos, teñidos de rojo; otros, en fin, usaban casco formado por dos recias bandas de hierro cruzadas. Los merovingios adornaban su armadura con despojos del botín romano (71. 32); llevaban todos broquel (71. 29. 30), que era pequeño, redondo, combado, hecho de madera ó piel, reforzado con hierro y de prominencia central muy saliente (72. 43. 50), teñido de colores chillones. Tenían venablos de punta ligera en forma de flecha, ó grande como una espada (el *agu*), con asta de hierro de cuatro pies de larga y punta barbada (72. 6. 10 á 16. 27). El *agu* se clavaba en el broquel del enemigo y se lo arrancaba, y entonces el guerrero atacaba con la *francisca* (72. 17 á 22), hacha singular de un solo corte; la arrojaban

también al escudo enemigo cuando el *agu* no había producido efecto. Servíanse además del puñal y de la *spatha*, espada delgada, plana, puntiaguda, de dos filos y de ochenta centímetros de longitud (75. 6); empleaban asimismo el *scramasaxo*, de cincuenta centímetros (72. 25. 26. 38. 39), que llevaban pendiente del cinturón, al lado de la *spatha*. En una tumba de Doornick se han encontrado, con numerosos objetos de atavío (72. 56. 58 á 61. 65. 67. 68. 69) y monedas, alhajas de oro y pedrería, cubriendo hojas de espada enmohecidas (72. 29 á 37), entre ellas la de Childerico I (72. 29 á 36), cuya empuñadura y cuya vaina eran de madera chapeada de oro. Los objetos señalados con los números 24. 52 y 53 son adornos para vainas.

En tiempo de los carlovingios, de 687 á 987, la infantería iba armada de lanza y escudo ó de arco y



doce flechas; la caballería de broquel, lanza, *spatha*, *scramasaxo*, arco, carcaj y flechas. Los que poseían trescientos acres de tierra de labor llevaban cota de mallas, casco y canijeras. Según las piezas de un juego de ajedrez atribuido á Carlomagno, los guerreros llevaban sobre la cabeza y los hombros una capilla ó esclavina de cuero ó de lienzo doble, chapeada de hierro (74. 2. 3), con cortes para los brazos; casco cónico con plancha para la nariz, puesto sobre un casquete; escudo muy grande, en forma de corazón, de madera de tilo, forrado de cuero y guarnecido de protuberancias y enrejado. Los jinetes usaban la capilla de hierro ó loriga, que cubría los muslos (74. 1. 5), y un pequeño broquel redondo, en vez de casco, sobre el casquete de cuero; éste era á veces metálico. Un bajo relieve del siglo VIII, conservado en la iglesia de San Julián de Brión, nos muestra un guerrero (fig. 55. 3) á caballo con casco cónico, cota de escamas con mangas y sin canijeras. En San Marcos de Venecia vése un príncipe del siglo VIII con arreos de bata-

lla, que determinan bien la transición de la armadura romana á la de los francos (74. 4). En el cinturón inferior iba sujeta la vaina de la espada (75. 11); más adelante se sujetó por detrás al cinturón superior, de modo que caía diagonalmente hacia delante, formando ángulo (75. 7). La armadura de los jinetes se componía de veste de cuero con capucha (74. 6. 11) y falda reforzada con hierro ó dividida en «patas» ó tiras colgantes; cota de mallas, casco, manto de tela basta, pantalones cortos ó largos, zapatos ó botas y correas para la parte baja de las piernas. Después de Carlomagno, á los mantos recios y pesados de un color, sucedieron mantos cortos con rayas de colores. Según miniaturas de la época, la armadura de la guardia de Carlos el Calvo (74. 7. 14) recordaba el modelo romano; pantalones estrechos sujetos á las rodillas, botas ó correas que dejaban libres los dedos del pie (74. 7. 15) y casco (fig. 55. 2) que en nada se asemejaba al casco bárbaro de la columna Trajana ni al de los gladiadores, sino al *morrión* que se usó en el siglo XVI. Se componía de casquete semiesférico de planchas de metal entreclavadas, ala plana, á menudo cogotera que subía al sesgo por encima de las orejas hasta formar como una visera triangular sobre la frente, y cimera ó cresta de cobre ú otro metal pintada de rojo y dentada de un modo raro.

En la época merovingia estaba en uso la silla de montar; la cabezada tenía filete y chapas de adorno (72. 51. 70 á 74); el acicate (punzón sin rueda) se llevaba solamente en el talón izquierdo, porque para acercar la mano armada al adversario había que poner el caballo al galope derecho. Al principio no se empleaba el estribo más que para el acto de montar. En tiempo de Carlomagno la silla tenía arzones (75. 20) triangulares, adornados de esculturas. En el siglo IX se les puso á los caballos bardas ó corazas de escamas.

El hábito sacerdotal tardó en fijarse y en distinguirse de los trajes profanos; la primera prenda carac-

terística del clero romano fué el *alba*. Era una camisa de lienzo blanco de largas mangas que caía hasta los pies y quedaba sujeta por un cinturón acañonado. Se cambió luego el lienzo blanco por seda, blanca asimismo ó azul (73. 26. 74. 19. 21. 22), guarnecida de bandas de color. La *stola*, llamada también *orarium*, reemplazó á las bandas; era una cinta que rodeaba el cuello por encima del *alba*, y cuyas puntas, adornadas de borlas, cenefas de oro ó perlas, caían por delante. Sobre la *stola* iban dos vestiduras á modo de camisas: la *tunicella* y la *dalmática*. En tiempo de los francos lo que iba sobre la *stola* era una camisa cerrada, de mangas anchas, blanca y toda guarnecida de fajas encarnadas ó violáceas, y de menudas borlas (74. 19. 21). Para decir misa se usaba la *paenula*, que respondía á la *pænula* romana, de hechura de campana y con capucha, larga hasta las rodillas y que se recogía con el brazo (74. 19. 21. 22); se hacía de ricas telas encarnadas y azules é iba orlada de oro por la orilla inferior, por en medio, por delante y por detrás, abriéndose la orla en forma de horquilla en torno á la capucha. Poníase además el sacerdote manípulo, medias, zapatos y pañoleta. El manípulo era un pañuelo (*sudarium*) que hasta el siglo IX no se convirtió en una cinta estrecha con borlas; la pañoleta se ponía sobre la cabeza y los hombros (fig. 56. 1); las manos no se cubrían.

Los ornamentos de obispo eran *ínfula*, *pallium* y sortija. La *ínfula* se usaba en tiempo de Constantino y era un aro de oro, de tres dedos de ancho, que sostenía en la cabeza una pañoleta blanca ó encarnada, cuyas puntas caían por detrás (fig. 56. 2). El *pallium* era una cinta que correspondía al *omophorión* griego (66. 14. 67. 5. 6. 7) y cuyo origen es desconocido; en tiempo de los merovingios tenía tres dedos de ancha y tres metros de larga, y era blanca, con franjas y una cruz en cada punta; pasaba desde el hombro derecho por encima del pecho, el hombro izquierdo y la espalda, y se recogía por encima y delante del hombro derecho (57. 14). En tiempo de los carlovingios se le reemplazó por un anillo con dos franjas que caían por delante y por detrás hasta los pies (74. 19). La sortija (73. 6) se llevaba en el dedo índice, pero desde el siglo IX se llevó en el anular de la diestra. El báculo al principio sólo servía de sostén y era un bastón con doble muleta; aun después de haberse convertido en insignia episcopal conservó dicha forma hasta el siglo XI.

Los vasos de lujo y los de beber que había en las iglesias y en las casas, procedían del botín romano. Los utensilios nacionales eran muy rústicos, como lo acreditan los candeleros (73. 9. 10. 11), los taburetes, los cofres (75. 16) y los vasos (72. 77. 82). La influencia bizantina que se dejaba sentir en la producción industrial procedía de tres orígenes completamente distintos: uno greco-romano, otro sirio-oriental y el tercero morisco. Sosteníase el gusto galo-romano y manifestábase el primitivo germano por medio de hebillas y correas enlazadas, broches de vestidos y adornos de cinturones (72. 57. 62. 63. 64. 66. 73. 13. 14. 15). Los objetos de oro de la tumba de Childerico (72. 56. 58 á 61. 65. 67. 68. 69) y una patena (73. 5) con vidrio rojo, encontrados cerca de Gourdon, tienen carácter bizantino. El trono de bronce dorado de Dagoberto, de hechura romana (73. 17), y la cruz de altar (73. 16) de estilo griego, se atribuyen al platero franco San Eloy, que murió en 659. Los documentos de aquellas épocas nos muestran sillones de gusto bárbaro (75. 21. 22) y tronos de forma bizantina (75. 26. 27); un cáliz y un candelero (75. 23. 25) descubren, á través del dibujo griego, elementos germanos (75. 24).

Entre los instrumentos músicos son de notar la lira y el salterio triangular (75. 12. 14). Puede admirarse todavía una cajita de marfil, con cierre de cobre (75. 28), de estilo romano, y en cuya decoración entran formas humanas y animales.

Fig. 56

